

Xavier Sala i Martín

El Col·lectiu Wilson

Qué pasaría si un extraterrestre interesado en llevar la democracia a su planeta se nos presentara en el salón y nos preguntara cómo tomamos decisiones colectivas los terrícolas? Seguramente le explicaríamos que, para elegir a nuestros gobernantes, votamos; que para aprobar nuestras leyes, votamos; que para decidir cómo se gasta el dinero público, votamos, y que para fijar los impuestos, votamos. Si, de repente, el caballero galáctico se parara delante de un mapa del mundo y nos dijera: “Supongo que para cambiar las fronteras que aparecen en este mapa, también votáis, ¿no?”. Nosotros, avergonzados, deberíamos responder: “¡No, las fronteras sólo se pueden cambiar a bofetadas!”. Ante esta esperpéntica revelación, el pobre señor se quedaría de color verde (si es que ese no era su color original) y saldría corriendo, exclamando que somos unos bárbaros.

Así empezaba un artículo que escribí aquí hace ya más de diez años. Reproduz-

Votar para decidir el futuro es un derecho inalienable e incuestionable de todos los pueblos..., incluido el catalán

co el párrafo porque no ha cambiado nada. Como seres humanos civilizados, deberíamos seguir sintiendo vergüenza de que, en pleno siglo XXI, las naciones del planeta Tierra siguen aceptando “las bofetadas” como método de dibujar fronteras: si una nación gana su independencia a través de una guerra, no tarda mucho en ser aceptada por la comunidad internacional y en tener un sillón en la ONU. Pero si intenta

X. SALA I MARTÍN, *Columbia University y Col·lectiu Wilson*. www.wilson.cat

conseguir su emancipación a través de los votos, se le pega con la Constitución en la cabeza.

El debate sobre el derecho a decidir las fronteras ha entrado con fuerza en Catalunya a raíz de la masiva manifestación del Onze de Setembre en Barcelona. La manifestación llevó a Artur Mas y a su partido a abandonar su tradicional intento de encajar Catalunya en España y a pasar a defender el derecho a decidir. Al ser CiU una coalición mayoritaria en Catalunya, su cambio de chip dejó sin validez el españolísimo argumento de que “una cosa son las manifestaciones y otra muy distinta son los votos y, si no, mirad que ¡los independentistas sólo tienen 14 escaños en el Parlament de Catalunya!”. Con el cambio de CiU, de la noche a la mañana, no tenían 14 sino 78. Al sumarse a esa mayoría los dirigentes de ICV, los independentistas pasaban a tener unas dos terceras partes del Parlament. Y todos esos parlamentarios pedían una cosa natural, simple y democrática: poder votar.

Como era previsible, la reacción del nacionalismo español (el de derechas y el de izquierdas) ha sido visceral. Como el marido que considera que la esposa es de su propiedad y no tiene derecho a marcharse sin su permiso, el españolismo rancio enarboló el libro gordo y dijo que para poder votar se tendría que cambiar la Constitución. Y, claro, como para cambiar esa Constitución hacen falta sus votos, el argumento constitucional equivalía a negar el derecho de los catalanes a votar sobre su futuro.

El problema para el españolismo es que decir que “el libro sagrado de la democracia prohíbe votar” es un poco esquizofrénico. Al fin y al cabo, la democracia consiste en votar. Y así lo han reconocido rápidamente otras democracias como la británi-

ca cuando el pueblo de Escocia ha pedido lo mismo. Por eso los nacionalistas españoles no han tardado en adoptar otra estrategia: intentar evitar que el referéndum se lleve a cabo, pero no a golpes de Constitución, sino a base de atemorizar a los catalanes. Si nos explican a los pobres catalanes todas las calamidades que nos ocurrirán si



JORDI BARBA

nos vamos, nosotros mismos dejaremos de querer votar y ellos se ahorrarán el tener que prohibir una votación democrática. Y con ese objetivo se han dedicado a intoxicar y a mentir con un descaro escalofriante: que si los jubilados no van a cobrar pensiones, que si nos quedamos fuera de Europa por los siglos de los siglos, que si el PIB catalán caerá un 19%, que si los

títulos universitarios dejarán de tener validez, que si se prohibirán los apellidos españoles...

Algunos de esos augurios son tan extravagantes que incluso hacen gracia. A mí, particularmente, me parece cómico y a la vez freudianamente revelador que los que ahora dicen que se prohibirán los apellidos catalanes sean los mismos que me obligaron a llamarme Francisco Javier hasta los 15 años. Otras de las predicciones catastrofistas (como el impago de las pensiones) son puras invenciones fruto de la mala fe y otras (como la caída del PIB en un 19%) están basadas en supuestas teorías económicas que no aguantan el más mínimo escrutinio intelectual.

Con el objetivo de impedir que esas distorsiones impidan que los catalanes puedan ejercer libre e informadamente el derecho a decidir, un grupo de seis académicos hemos formado el Col·lectiu Wilson (el nombre honora a Woodrow Wilson, premio Nobel de la Paz y uno de los grandes defensores del derecho a la autodeterminación). Lo formamos Pol Antràs (doctor por el MIT y catedrático de Harvard), Carles Boix (doctor por Harvard y catedrático de Princeton), Jordi Galí (doctor por el MIT y director del CREI), Gerard Padró i Miquel (doctor por el MIT y catedrático de la London School of Economics), Jaume Ventura (doctor por Harvard e investigador del CREI) y un servidor.

Los miembros del Col·lectiu Wilson creemos que votar para decidir el futuro es un derecho inalienable e incuestionable de todos los pueblos... y eso incluye al catalán. Pero para poder ejercer ese derecho es imprescindible que los ciudadanos tengan la información más verídica posible. Contribuir con rigor a aportar esa información es lo que haremos, a partir de hoy, los miembros del Col·lectiu Wilson.●

Juan-José López Burniol

Menéndez Pelayo y Catalunya

En 1887 los elementos de la Renaixença se separaron del Centre Català de Valentí Almirall y fundaron la Lliga de Catalunya. Su rivalidad se agudizó en 1888, año de la Exposición. En los Jocs Florals de aquel año fue reina doña María Cristina, la regente. Para hacerlo posible, se celebraron en día distinto del habitual –el primer domingo de mayo–, lo que provocó que el Centre Català –buscando la neutralidad política “y no para desairar a una digna y altísima dama”– organizase otros juegos florales en la fecha de siempre, que fracasaron frente a los presididos por doña María Cristina, con Menéndez Pelayo como orador y mossèn Collell como poeta premiado. De estos juegos ha quedado notable rastro. Fue en ellos donde Menéndez Pelayo (1856-1912) se refirió al catalán como “eixa llengua, rebrot generós del tronc llatí, (que) jeia, no fa mig segle, en trista i vergonyosa postració... Sols un miracle patent podia salvar la parla catalana de sa ruïna... I aquest miracle Déu volgué que es complís...”. Y fue en ellos donde Jaume Collell venció con estos versos: “No capteu el dret a viure, / dret que no es compra ni es ven. / Poble que mereix ser lliure, / si no l’hi donen, s’ho pren. / Germans! Nostre crit retrunya / ben alt, i a la llum del sol: / Visca lliure Catalunya / dintre el reialme espanyol!”. Cuenta Josep Pla que el general Cassola,

ministro de la Guerra y espectador del acto, comentó: “Este canónigo no llegará nunca a obispo”. Acertó.

Las palabras de Menéndez Pelayo eran postizas. Sabía de lo que hablaba. Se había licenciado en Filosofía y Letras en Barcelona, en cuya universidad recibió el hondo influjo de Milà i Fontanals, que le inculcó su vocación filológica y a quien tuvo siempre por maestro. Autor de una producción enorme y eminente como crítico literario e historiador –a la que vale la pena acceder por la *Historia de los heterodoxos*–, su figura ha quedado oscurecida y su obra ha sido objeto de polémica constante, cuando no de descalificación apriorística, por la apropiación que de parte de su legado –y no del mejor: “martillo de herejes”– efectuaron la derecha más integrista y el nacionalcatolicismo.

Pero, por encima de su posicionamiento ideológico y de su instrumentalización, prevalecerán siempre su talento y una curiosidad tan grande que le hacía estar abierto a todo. Véanse, a este respecto, las páginas que dedica a Lluïll, y pondérese su atención permanente a la literatura catalana, desde Joan Alcover –de cuya obra elogia “la pulcritud en todo, la elegancia sencilla, el respeto constante a las leyes de la lengua y de la versificación”– hasta Pompeu Gener –de cuyo libro *La mort et le Diable*, publicado en francés, dice que “es feroz y fría-

mente impío”–. Por otra parte, Menéndez Pelayo solía deslindar el juicio literario que le merecía un autor de su vida e ideología. Así se comprueba en su alta valoración de la obra *Cartas de España*, de José Blanco White, pese a atribuir a su autor “furor antiespañol y anticatólico”: “Si las *Letters from Spain* se toman en el concepto de pintura de costumbres españolas, y sobre todo andaluzas del siglo XVIII, no hay elogio

Han retornado el desprecio acerbo del otro, su descalificación con el insulto, su denigración con la mentira

digno de ellas. Para el historiador, tal documento es de oro”. En realidad, sin desconocer su posicionamiento político, lo que interesa de Menéndez Pelayo es su inteligencia libre. Esta inteligencia libre que le hizo –por ejemplo– escribir estas palabras en una carta dirigida a Juan Valera: “Yo no detesto a los krausistas por librepensadores, puesto que hay muchos pensadores libres que, por la grandeza de su esfuerzo intelectual, me son simpáticos. Los detesto porque no piensan libremente, y porque todos ellos, y especialmente Giner, son

unos pedagogos insufribles, nacidos para ser eternamente maestros de un solo espíritu y un solo libro”.

Marañón, al recordar en sus *Ensayos liberales* la España en que fueron amigos unos personajes tan antagónicos como Menéndez Pelayo y Clarín, se preguntaba: “¿Qué aire tempestuoso de fuera o qué violenta fermentación interior brotó sobre esta flor delicada de comprensión y de concordia que estuvo a punto de tenderse por toda la Península en los años de la Restauración?”. Provoca escalofrío pensar cómo la historia se repite, de modo que el consenso que posibilitó la Segunda Restauración –en la persona del rey Juan Carlos– también se ha desvanecido, hasta el punto de que –al borde de la quiebra el pacto constitucional y escarnecida la ley– la política vuelve a ser un enfrentamiento cainita al albur de la relación de las fuerzas en presencia. Ya no hay adversarios con los que hablar y pactar, sino enemigos a los que derrotar. Han vuelto el desprecio acerbo del otro, su descalificación con el insulto, su denigración con la mentira y –previa su *co-sificación*– su negación radical. ¡Qué error! ¡Qué inmenso error! ¡Qué pena! ¡Qué inmensa pena! ¡Qué miseria! ¡Qué inmensa miseria! ¡Pagaremos un alto precio por ello. Todos sin excepción. Porque los errores se pagan. Sobre todo los que tienen su raíz más profunda en la soberbia.●